

Si el llanto no te ciega, en torno mira:
ya tu inspirada voz no la conmueve,
ya su templanza se convierte en ira,
ya revienta el volcán bajo la nieve.
Ya ha arrebatado tu sonora lira
la desgredada Musa de la plebe;
ya suena en vez de tu rotunda estrofa,
brutal insulto y sanguinaria mofa.

Ya con sordo fragor se precipita
y mueve á Dios desesperada guerra,
la santa cruz de los sepuleros quita,
vuelca las aras y los templos cierra.
Ya con furor satánico medita,
no sólo echar á Cristo de la tierra,
sino dejar en su insensato anhelo
mudo y vacío y solitario el cielo.

¡Inútil presunción! Cuando mañana
se agoste, como yerba, el poderío
de esta generación soberbia y vana
que lanza á Dios su inbécil desafío;
cuando de su grandeza soberana
quede el polvo no más, árido y frío,
¡tú, redentora cruz! ¡tú, santo leño,
sobre las tumbas guardarás su sueño!

¡Valor, Emilio! El pueblo se desborda
y nuestra gloria secular destruye.
¡Ya no existe el ejército! ¡Ya es horda
la que fué hueste, y se desmanda y huye!
La anarquía los ámbitos asorda,
la honrada libertad se prostituye,
y óyense los aullidos de la hiena
en Alcoy, en Montilla, en Cartagena.

Tu voz, que siempre condenó la saña
de la turba feroz, de nuevo estalle,
y vibre como el trueno en la montaña
y el bronce de los templos en el valle.
La triste España, nuestra madre España
se desangra entre el cieno de la calle;
ebrio el desorden la denosta y hiere.
Agonizando está. ¡Sálvala, ó muere!

23 de Diciembre de 1873.

TRISTEZAS.

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzabo á Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales.

hoy que mi frente atónito golpeo
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto

Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella majestad solemne y grave;
aquel pausado canto, parecido
á un doliente gemido,
que retumbada en la espaciosa nave;

las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas.
aspiración del arte á lo infinito;
la luz que por los vidrios de colores;
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito;

haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva,
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando á los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara;

en el gótico altar inmoble y fijo
 el santo Crucifijo,
 que extiende sin vigor sus brazos yertos,
 siempre en la sorda lucha de la vida,
 tan áspera y reñida,
 para el dolor y la humildad abiertos ;

el místico clamor de la campana
 que sobre el alma humana
 de las caladas torres se despeña,
 y anuncia y lleva en sus aladas notas
 mill promesas ignotas
 al triste corazón que sufre ó sueña ;

todo elevaba mi ánimo intranquillo
 á más sereno asilo ;
 religión, arte, soledad. misterio....
 todo en el templo secular hacía
 vibrar el alma mía,
 como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que solo entiende
 quien crédulo se enciende
 en fervoroso y celestial cariño,
 envuelta en sus flotantes vestiduras
 voleba á las alturas
 virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su ráuda, viva y luminosa huella
 como fugaz centella
 traspasaba el espacio, y ante el puro
 resplandor de sus alas de querube,
 rasgábase la nube
 que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
 ¡Oh perdurable glorial
 ¡Oh sed inextinguible del deseo!
 ¡Oh cielo, que antes para mí tenías
 fulgores y armonías,
 y hoy tan oscuro y desolado veol

Ya no templas, mis íntimos pesares,
 ya al pié de tus altares
 como en mis años de candor no acudo.

Para llegar á tí perdí el camino,
 y errante peregrino
 entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde ;
 grito, y nadie responde
 á mi angustiada voz ; alzo los ojos
 y á penetrar la lobreguez no alcanzo ;
 medrosamente avanzo,
 y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
 á su impiedad ¡oh Cristo !
 Su grandeza satánica me oprime
 Siglo de maravilla y do asombros,
 levante sobre escombros
 un Dios in esperanza, un Dios que gime

y ese Dios no eres tú! No tu serena
 faz, de consuelos llena,
 alumbraba y guía nuestro incierto paso.
 Es otro Dios incógnito y sombrío
 su cielo es el Vacío,
 sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
 un siglo más inmenso,
 más rebelde á tu voz, más atrevido ;
 entre nubes de fuego alza su frente.
 como Luzbel, potente ;
 pero también, como Luzbel, caído.

A medida que marcha y que investiga,
 es mayor su fatiga,
 es su noche más honda y más oscura.
 y pasma, al ver lo que padece y sabe,
 cómo en su seno cabe
 tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota,
 que el ronco mar azota,
 incendia el rayo y la borrasca mece
 en piélago ignorado y proceloso,
 nuestro siglo-coloso
 con la luz que le abraza, resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!..
 á los tristes reflejos
 del sol poniente se colora y brilla.
 El huracán arrecia, el bajel arde,
 y es tarde, es ¡ay! muy tarde
 para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
 á todo yugo ajeno,
 que al impulso del vértigo se entrega,
 y al través de intrincadas espesuras,
 desbocado y á oscuras
 avanza sin cesar y nunca llega.

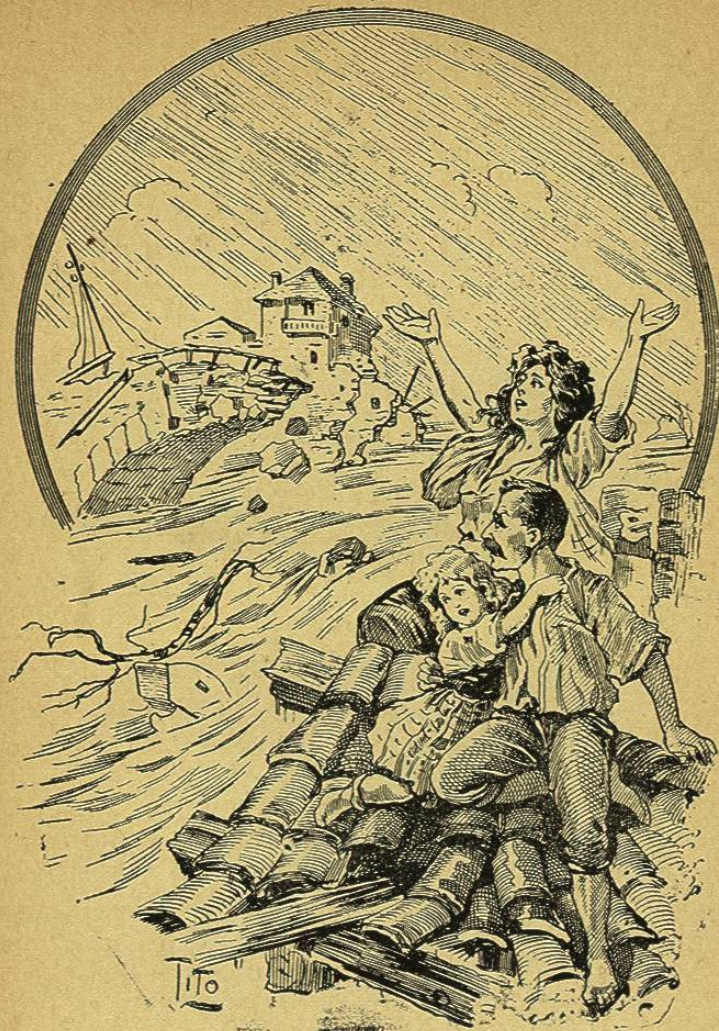
¡Llegar! ¿Adónde?.. El pensamiento humano
 en vano lucha; en vano
 su ley oculta y misteriosa infringe.
 En la lumbre del sol sus alas quema,
 y no aclara el problema,
 ni penetra el enigma, de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
 que tu poder no ha muerto!
 Salva á esta sociedad desventurada,
 que bajo el peso de su argullo mismo
 rueda el profundo abismo,
 acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de tí se aleja
 en nuestras almas deja
 al germen de recónditos dolores,
 como al tender el vuelo hácia la altura,
 deja su larva impura
 el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
 es, Señor, todavía
 raudal de vida tu palabra santa,
 dí á nuestra fe desalentada, incierta:
 — ¡Animate y despierta! —
 como dijiste á Lázaro: — ¡Levanta! —

30 de Junio de 1874.



Arrolla cuanto encuentra en la llanura
 con ímpetu feroz la onda revuelta:
 el puente secular, la torre esbelta
 el molino, la casa y la espesura.

LA INUNDACIÓN

ANTES

Todo respira paz: la fértil vega,
el cielo trasparente, el bosque umbrío
y el viento que en las márgenes del río
sus alas bate y con la ramas juega.

Abre sus cáuces el Segura, y riega
los campos secos por tenaz estío,
do redoblando su fecundo brío
el ribereño á su labor se entrega.
Al través de la copa embalsamada
de los verdes naranjos, su dichosa
casa, que dora el sol, cerca divisa.

¡Cuán feliz es! Alegran su jornada
el dulce canto de la amante esposa
y de sus hijos la inocente risa.

DESPUES.

¡Ay, todo inspira horror! La noche oscura
tendió su manto, y en la sombra envuelta
su audaz corriente alborotada y suelta,
extiende hasta los montes el Segura.

Arrolla cuanto encuentra en la llanura
con ímpetu feroz la onda revuelta:
el puente secular, la torre esbelta,
el molino, la casa y la espesura.

Hallando el valle á su soberbia estrecho,
no respetó el torrente embravecido
el templo augusto, ni la humilde choza,
y el labrador, en lágrimas deshecho,
sin amores, sin hijos y sin nido,
sobre las ruinas de su hogar solloza.

5 de Noviembre de 1879.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Lado 1675 MONTEPPEL 1877

32212

À LA PATRIA

HIMNO CON MOTIVO DE LA PAZ.

Dorando la alta cumbre
la ansiada aurora llega.
y ante la viva lumbre
que el ancho espacio anega
cobarbé se repliega
la densa oscuridad.

Ya baña el horizonte
la luz que Dios envía:
ya mar, y valle, y monte
colora el nuevo día.
Ya todo es alegría.
¡Poetas despertad!

La paz tiende su manto
desde el Pirene á Gades;
alza el himno santo
en campos y en ciudades,
y admire á las edades
vuestro inmortal clamor.

Ascienda en ráudo vuelo
la voz de la alabanza
como cóndor que al cielo
intrépido se lanza
Cantad á la esperanza:
yo cantaré al dolor.

No es que al deber ajeno
desdeñe la ventura
que de tu herido seno
las penas templa y cura.
Alma tan seca y dura
no alienta ¡oh Patria! en mí.

Acaso al ver hollada
tu majestad suprema,
¿no fué mi lira espada?
mi voz ¿no fué anatema?
Aún mis mejillas quema
llanto que vertí.

¿Soy el poeta, acaso,
de las felices horas,
que calla en el ocaso
y canta en las auroras?
¿No estalla, cuando lloras,
mi ardiente indignación?

Pero hoy que conseguiste
cobrar al bien perdido,
y espléndida, aunque triste,
la paz ha renacido,
canto al dolor, que ha sido
tu santa redención.

Enigma de la Historia
y escándalo del mundo,
de tu pasada gloria
so el árbol infecundo,
yacías en profundo
letargo secular.

Del fanatismo esclava,
en noche eterna y fría,
tan sólo iluminaba
tu mísera agonía,
la lámpara que ardía
delante del altar.

Perdida en tu camino
y á oscuras tu conciencia,
el arte sin destino,
sin libertad la ciencia,
tu antigua omnipotencia
no renació jamás.

Pirámide ostentosa
alzada en el desierto,
do incógnita reposa
la vanidad de un muerto,
¡oh patria! tu famosa
grandeza era no más.

Llamando con su espada
de súbito á tu puerta,
gritó la inesperada
catástrofe: — ¡Despierta! —
y al águila su abierta
garra en tu pecho hincó.

¡Oh asombro! Bajo el fiero
dolor de la ancha herida
tus músculos de acero
cobraron nueva vida:
rugista enfurecida,
y el águila tembló.

Perdona si la austera
verdad acato y digo:
dolor que regenera
es premio y no castigo.
Confieso que contigo
inexorable fué.

Cuando te vió á la falda
del monte, soñolienta,
tendió sobre tu espalda
su azote y la tormenta:
te exasperó la afrenta,
y te pusiste en pié.

Ardieron tus hogares,
y con mortal quebranto
corrió la sangre á mares
mezclada con tu llanto.
¡Cuánto sufriste, y cuánto
duró tu adversidad!

Pero pasó el torrente,
el sol doró tus ruinas,
y excelsa, refulgente,
aunque ciñendo espinas,
apareció en Oriente
tu augusta libertad.

¡Ah! Desde entonces luchas
con la traidora hiena,
y su rugido escuchas
impávida y serena.
Tres veces en la arena
domaste su furor.

Cuando tus ansias cesen,
y en tiempos más felices
honrados hijos besen
tus santas cicatrices,
verás como bendices
los frutos del dolor.

El con potente mano
labra, organiza y crea
cuando en el yunque humano
con hondo afán golpea
para forjar la idea
que es vida, es verbo, es luz.

Los que dichosos duermen
no sueñan con el cielo:
siempre el dolor fué germen
de algún gigante anhelo,
y Dios, bajando al suelo,
lo consagró en la cruz.

18 de Marzo de 1876.

ELEGÍA

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE HISTORIADOR

Y POETA PORTUGUÉS

ALEJANDRO HERCULANO.

Si es cierto que la pena compartida
llega á calmarse, porque el llanto ajeno
es para el triste bálsamo de vida;

si es verdad ¡ay! que el afligido seno,
cuando piedad encuentra y blando abrigo,
más reposado late y más sereno;

permite ¡oh Portugal! que un pueblo amigo
ante la humilde tumba de Herculano,
mostrándote su amor, lllore contigo.

¡Ya no existe el poeta! Pero en vano
querrá la muerte oscurecer la gloria
del más insigne genio lusitano.

El con su ciencia engrandeció la Historia,
él exaltó la santa poesía,
y él impondrá á los siglos su memoria.

Cantor de vigorosa fantasía,
pulsó inspirado el *Arpa del Creyente*
y amó la libertad. ¡Quién no ama el día!